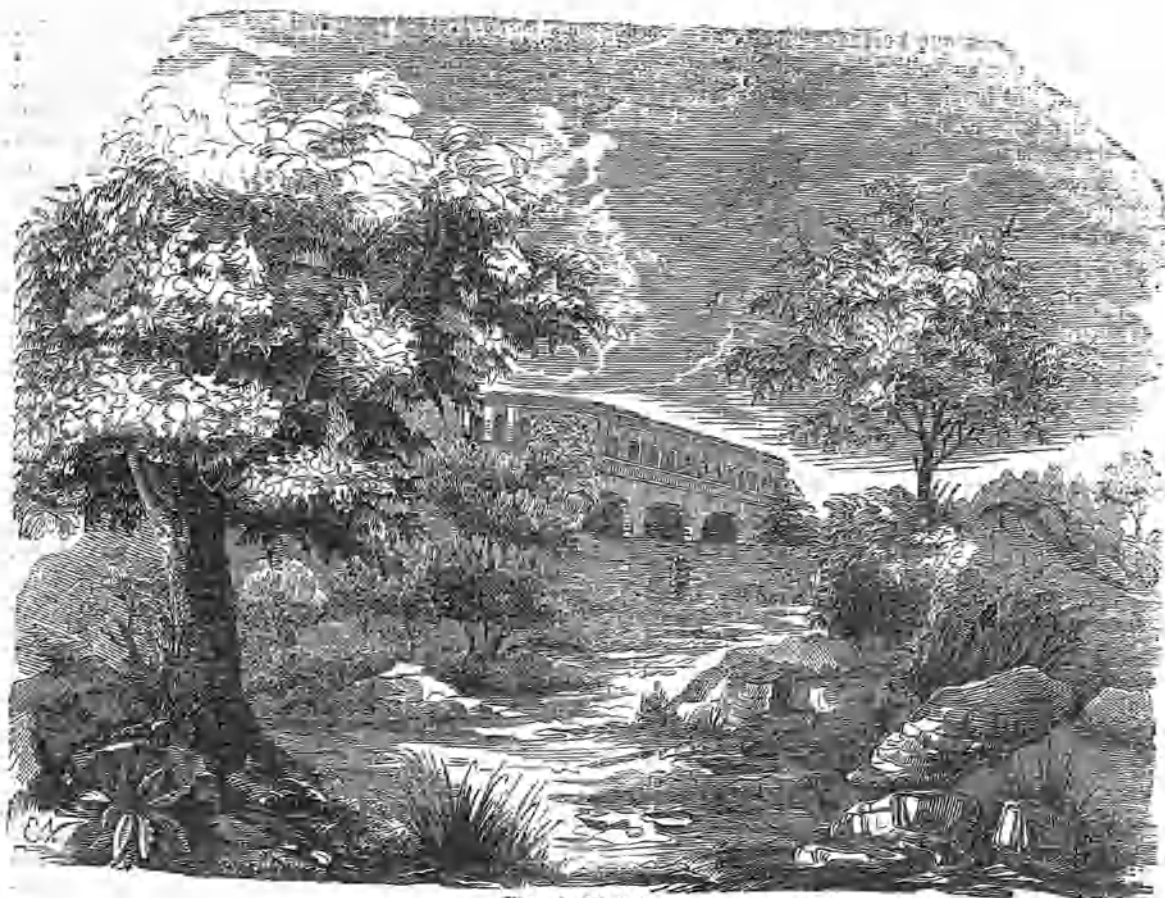


# ESPAÑA PINTORESCA.



Vista de Mirabel.

## EL MONASTERIO DE GUADALUPE.

II.



ter de una fortaleza que estuviese defendida por una  
Nuestra época.—Tomo II.—Ago. 29 de 1847.

ASENTADO en el centro de la población y como abaticando hasta el polvo los edificios enanos que se agrupan humildes á sus pies, domina aquel severo monumen-

to la agreste campiña de Guadalupe. Para abrazar bajo un punto de vista la mole que señala todos los giros de su complicada ignografía, hay que observarle de lejos, ó mejor dicho, es preciso trepar á la cúspide de un empinado peñasco, procurando nivelarse con la torre mas erguida, lo cual no es dificultoso conseguir sea cualquiera la dirección que se tome. Los muros contruidos de cantería apizarrada, ladrillo y cal toman el sombrío carac-

ter de torreonos coronados de almenas, mas robustos en su fábrica que en su traza, desenvueltos y gallardos. A la parte que mira al mediodía véense muchos salientes de piedra de grano y ladrillo, y en sus intermedios algunos agimeces del estilo ojival que guardan correspondencia con los dos arcos de ingreso abiertos en el rellano de una escalinata, fundada sobre el átrio general del monasterio. ¡Cuántas restauraciones y fracturas no se presentan á la vista del espectador, y qué de ventanas y agujeros no descubre en el frontispicio que á cierta distancia le pareció suntuoso! Efectivamente lo sería á mediados del siglo décimoquinto en que se decoró con toda la elegancia de aquella época, no tomando en cuenta á buen seguro que la conveniencia personal de los religiosos llegaria á sacrificar el ornato público del santuario, ni mucho menos que las discordias civiles habian de sofocarle entre tapiales y bastimentos, como se estan verificando ambas cosas por desgracia.

El que se acerca la primera vez al interior de la iglesia, por poco artista que sea no dejará de entrete-

nerse un buen rato en sus umbrales para admirar los costosos bajo-relieves que decoran las hojas de las puertas clapeadas de cobre, y cuyos entrepaños ostentan bajo el método encantador de Miguel Angel los personajes sagrados que Berruguete esculpió para dedicados inmortales en Valladolid y Toledo. Esta magnificencia artística inspira cierto estímulo de impaciencia por dar unos pasos mas adelante, y recorrer con una sola ojeada el ámbito que recomienda el siglo de las bellezas y de las luces a la avidez del observador. La sorpresa empero es tan inesperada como extraña. Una nave oval que corre á derecha é izquierda; un arco elíptico en el comedio de la pared de enfrente y sobre una graderia contenida; debajo de él un pavimento lustroso cuyos contornos no descubre la vista; las columnas ordenadas en perspectiva, la cúpula y el presbiterio todo en óptica muy confusa y acomodada al vano del arco que forma, digámoslo así, el bastidor de la escena, tal es el aspecto general con que se ofrece al exámen del forastero la basílica sabiamente delineada por el artífice Juan Alonso en el año de 1589. Desvanecida la primera impresion, que nunca en casos tales deja lugar al discurso, los objetos mas secundarios y preciosos aparecen sucesivamente escitando el religioso recogimiento en unos, el idealismo en otros, la veneración á la antigüedad en todo corazón que sepa sentir. ¡Bóvedas elevadas, soledad majestuosa, escasa luz, vosotras detuvisteis mi paso y pegasteis mis profanos pies á los frios mármoles que lullaban: vuestro sublime ascendiente se difundió por toda mi alma, y aun sentí humedecerse mis párpados no sé por qué impulso de tristeza que me oprimia y consolaba al mismo tiempo!

Hallámonos en la nave de *santa Ana*. Aunque el retablo no ofrece interés alguno, el cuadro que hay colocado en él no desmerece al lado de los cuatro que le acompañan, originales de Zurbarán, y le presta gran hermosura el sepulcro blanda yace un insigne favorecedor del monasterio cuya imágen arrodillada se encubre con las de las santas mugeres que lloran sobre el sepulcro de Jesus arrojado al anterior. Martin Ceron, rico capitalista y alcalde mayor de Sevilla, se hizo digno de reposar al amparo de la iglesia de Guadalupe, contribuyendo á su brillo con 5,000 doblas moriscas de oro, y con muchas joyas preciosas y vestiduras de gran mérito. Hay testimonios que afirman ser donacion suya la gracia de *Mirabel*: pero de otros mas fidedignos consta que el monasterio la erigió en el año 1485 con el objeto de que los Reyes Católicos descansaran en ella, despues que regresasen de Granada, como en efecto lo verificaron. Otros dos enterramientos se dejan ver en el espesor del arco de tránsito que arriba hemos mencionado, y custodiadas por unas rejas dos piedrecitas de las que aparecieron en la cueva de la virgen, gastadas por los besos de los peregrinos.

Desde aqui comienza propiamente la iglesia: pues la nave que procede el pórtico ó vestibulo donde los fieles se disponen para entrar con la devoción mas pura en el santuario que tantos potentados han regado de lágrimas, y tantos caminantes nacidos en remotos climas han hecho resonar con sus exóticas plegarias. La pila bautismal lo indica. Enclavada en un ángulo del cancel, reúne á su significacion metafórica el tipo mas acabado del arte. Parece que se fundió en tiempo del primer prior, y fué trasladada con el destino que es-

presamos el año de 1831, desde un punto notable que exige relacion particular. So enorme cueva de bronce está guardada de un letrero gótico que dice:

*Anno Domini MCCCXXXIX, X kal. novembris hoc coenobium est fundatum per dominum Petrum Tenoris (1) archipresulea Toletanum de sui consensu capituli, instante ad hoc rege Joanne, tunc Castilla monarcha, quod sanctissimus papa Benedictus XIII confirmavit, anno XIII fundacionis, mandante sacro patre Fr. Fernando Yañez, primo priore et fundatore hujus coenobis, hoc laboratorum extitit ad Joannem Gallice fabricatum.*

El vano de la iglesia, prescindiendo de los muros que la rodean, tiene 180 pies de largo, 90 de ancho y 75 de elevacion, repartido en tres naves encabezadas en una horizontal que las atraviesa, con la cúpula sobre el crucero. Este se halla interceptado por medio de una verja suntuosa en cuya coronacion hay innumerables caprichos y jugueles perfectamente elaborados en la escuela de los Andinos. Al principio no estaba cerrado el paso mas que para el presbiterio: luego se distribuyeron los adornos de valor á los altares colaterales de san Pedro y Santiago, y hubo necesidad de resguardarlas con nuevos enverjados, cuya construccion desempeñaron los maestros Fr. Francisco de Salamanca y Fr. Juan Davila. Un religioso dominico fué tambien el constructor del cuerpo principal durante el año 1510, á espensas de don Garcia, hijo del duque de Alba. Los gastos de fragua y modelos ascendieron á 18,750 rs.

El macilento crepúsculo que atraviesa las ventanas del cimborrio y se derrama por el ábside, baña la imaginacion en tintas de religioso delirio, y la vista se deslumbra con el esplendor del oro y de la plata que con profusion se ha diseminado entre los objetos que embellecen el ara. Debajo de una concha gótica, pero esmaltada con oro y colores vivos, semejantes á los que en 1499 se aplicaron á las otras bóvedas, vése el altar cuyo nicho preferente ocupa la Virgen. Este retablo fué en un principio de plata: mas se deshizo para suministrar el material á D. Juan I cuando declaró la guerra contra Portugal. Con el resto del empréstito se edificó el hospital de las mugeres, quedaron satisfechas varias deudas y se costearon los soberbios cantorales que todavia estan en uso, destinando á su precio mil florines que dió voluntariamente D. Juan de Sotomayor. Segun la disposicion que entonces tenia el tabernáculo, una imágen de nuestra Señora descansaba por encima de la custodia; los devotos comenzaron á dudar sobre cual de las dos virgenes era la milagrosa, y por esta razon determinó D. Fr. Juan de Villaoz quitar la una y sustituirla con una efigie de san Gerónimo en el año de 1523, no sin haberse promovido antes largas y ruidosas competencias. El nuevo retablo corrió bajo la Direccion del célebre dominico Greco, y su coste total fueron 16,000 ducados, con exclusion de los materiales. Compónese de seis tableros, tres cuerpos y el remate del órden corintio. En los primeros hay excelentes lienzos, representando miste-

(1) El concepto de fundador á que se eleva D. Pedro Tenorio en este pasaje, no tiene mas motivo que el de haber interpuesto su dignidad y poderosísimo valedimiento para que la iglesia antigua de nuestra Señora se erigiese en monasterio, apoyando la demanda que D. Juan I habia acordado en Alcalá de Henares el 4.º de setiembre de 1378. Véase nuestro artículo anterior.

rios sagrados: los del lado de la epístola son del entendido *Cages*; los del evangelio de *Vicente Carducho*. Cuanto pudiéramos encarecer aquí los primores que se refieren á la destreza del tallista se encierra en su glorioso nombre. Las estatuas del apostolado ofrecen cada una de por sí el tipo mas filosófico de los predicadores evangélicos; y en los grutescos que tanto realce dan á las columnas, arquivraves y salientes domina la sencillez de *Herrera*, el delicado anatomizar de *Gregorio Hernandez* y las formas del elegante *Covarrubias* empapadas en el sistema del siglo XVI que á la sazón aspiraba.

(Continuará.)

RAFAEL MONJE.

## LA TORRE DE HERCULES.

Pues la Coruña, tampoco la dejo;  
Gran puerto, do nunca fortuna la corre,  
Y hablo de aquesta por solo una torre,  
Antiguo castillo que llaman el viejo:  
Aquesta es do dicen que estaba el espejo;  
Mas es fabuloso sabido lo que era;  
Estaba cercado de gran escalera  
Que quien la deshizo, no tuvo consejo.  
(MOLINA.—Blason de Galicia.)

En un extremo de la pequeña península en que se halla la Coruña, y sobre una poética colina cuya base de endurecidas rocas bate continuamente el océano, se dibuja la solitaria y pintoresca torre de Hércules, centinela avanzado de la ciudad que vió nacer casi á sus plantas, y que con su ojo de lumbre atrae á los buques perdidos entre el imponente oleaje que se agita en lontananza.

El edificio que nos ocupa es mas útil que agradable: mas histórico por su antigüedad que pintoresco por su posición en el paisaje donde figura. Su utilidad, por su posición en una costa tormentosa, á nadie puede ocultarse; pero la historia de su erección y las alteraciones que ha sufrido, no están escritas en las piedras de su arquitectura moderna. La torre de Hércules es un *dandy* descuidado los mas de los siglos, porque su existencia se cuenta por siglos, y demasiado elegante en otros; en el actual viste á la moda y cubre su desnudez primitiva con su nuevo traje. Permitásenos este juego de ideas en gracia de lo que se dirá mas adelante, y pasemos á su origen, aunque esto, así como el de todas las obras antiguas, es lo mismo que hablar del cielo.

Su origen ha sido objeto de las mas duras controversias. No hubo historiador que no se ocupase de él; pero lo que decia uno lo refutaba otro. Desde *Paulo Orosio* hasta *D. Enrique Vedia* y *Goossens*, todos han tenido su opinión distinta, sin embargo de adherirse este á la del erudito *Cornide*. El origen, pues, del antiguo Faro *Brigantium* unos dicen que se debe al mismo Hércules que lo levantó en obsequio de una beldad imaginaria ó en memoria de una batalla que ganó allí, donde mató á tres reyes poderosos; y otros, que son los menos, lo atribuyen á los fenicios. *Cornide* en sus «Investigaciones» cree que es fundación del emperador *Trajano*, con el objeto de facilitar la entrada en la Coruña á las armadas de Roma; y que fabricó ó dirigió la obra el arquitecto lusitano *Gayo Sebio Lupo*, natu-

ral de la ciudad de Chaves. Esta creencia es hija de la inscripción hallada á cuatro varas de la torre por el frente de levante, y entallada oblicuamente en un peñasco, el cual muestra en su parte superior una caja ó escavacion de tres pulgadas de profundidad con un



hoyo en medio, que revela haberse abierto para la estatua que segun la tradición ocupó aquel sitio. Opínase que fué la de Marte por dirigirse á esta deidad la dedicacion de Lupo; y que de aquí vendria á la tenerta en tiempo del oscurantismo por la de Hércules, á causa de estar representada armada y con una clava en la mano, y atribuirle á este la construcción de la torre.

Esta inscripción era: *Marti Aug. Sac. G. Luvius Lupus Architectus At... Lucienis Lusitanus exv.*—Desde algunos siglos acá perdió muchas letras con las partículas nitrosas que se elevan de la costa é impregnan el peñasco, quedando reducida á las siguientes: *Marti Ar... tectus At..... sis Lusitanus ex v.* que se cubrieron con una caseta de piedra sillería para resguardarla de los aires salobres de la mar.

Difundido así por *D. Francisco Cornide* el origen de la torre, cuya opinión aceptan los eruditos del país, entremos en las alteraciones que ha sufrido. Cuentan que cuando *Julio César* llegó á estas costas

la engrandeció con un espejo tan maravilloso en su altura, que al paso que reproducía en su fondo los barcos que se acercaban, aun á distancia de cien leguas, estos, fuese por la reflexión del sol ó de la luna, divisaban en él una luz tan sumamente clara que se guiaban por su rojizo resplandor para llegar al puerto. Al hablar de esto los historiadores convienen en que ha sido una quimera, excepto la crónica general de D. Alfonso el Sabio que lo dá por cierto y aun dice que este portentoso espejo fué destruido por la nación de los almutices, que habiendo pasado el norte, volvieron después en sus naves contra la torre.

Segun los datos que hemos tomado, era entonces su elevación de ciento veinte y cuatro pies hasta el arranque de la bóveda ó cúpula que la limitaba, la cual se elevaba unos diez y seis, constituyendo el todo por consiguiente ciento cuarenta pies distribuidos en tres pisos de bóveda de iguales dimensiones, y cada uno de estos en cuatro piezas que además de comunicarse entre sí se comunicaban con la escalera ó rampa que serpenteaba por fuera desde su base á su altura. La materia de que se componía la obra interiormente era un derretido de menudos chinarrros y mortero, revestida por el frente de piedras de un pie de cumbre, menos las esquinas, puertas, ventanas y la rotunda ó cuerpo superior, en donde se emplearon sillares de piedra berroqueña de competente tamaño, extraída de una cantera que hay cerca de la Coruña. Esta rotunda se hallaba descubierta desde donde rompía, acaso para el uso del enorme espejo, si es que lo hubo, ó para dar salida á la flama de la hoguera que encendían los antiguos con objeto de guiar á los barcos á seguro puerto. La planta baja era un cuadrado de veinte y seis pies, dentro del cual para mayor refuerzo se habia inscrito una cruz del mismo material y de igual espesor que el del cuadrado externo, siendo en uno y otro de seis pies de grueso. Algunos afirman que la escalera espiral que rodeando la torre exteriormente conducía á la rotunda, era volada en forma de balcon y sostenida de una escocia, de la cual no solo se reconocian señales harto caracterizadas por el profundo desmorono ó desconchadura de mas de una vara de ancho que en muchas partes se internaba hasta la mitad del espesor de la muralla, sino que así lo probaban varios trozos rodados en el terreno inmediato; una escalera exterior como la de los faros antiguos de Alejandria, Bolonia y otros. Cornide la calificaba de rampa, y dice que estaba sostenida por ocho pies derechos y correspondientes á los cuatro ángulos y lienzos de la torre, en los cuales se apoyaba la bóveda que á un tramo servía de techo y á otro de piso. Para esto, se funda en que las esquinas conservaban algunas dobelas que estaban pegadas á los almeres, y que indicaban haber sido parte de los arcos singulares que partiendo de uno y otro punto servían de apoyo á las rampas de cada frente y sostenían los descansos como sucede en cualquier escalera que sube en ángulos rectos. La que nos ocupa empezaba en el del mediodía y se enroscaba por la torre de tramo en tramo hasta perderse en el de occidente: no estaba distribuida en escalones ó peldaños sino en lengüetas y sus deslices coincidían con las soleras de las puertas que daban entrada á los tres cuerpos en que, como dejamos dicho, se dividía el edificio. Molina, en su Blason de Galicia, refiere que era tan

ancha esta escalera que podían por ella subir carros de bueyes; pero Cornide no le concede tanta latitud.

Tal ha sido el estado de la torre hasta el siglo XV, en que empezó á desmoronarse sin que se tratase de atajar el mal, y hubiera venido al suelo indudablemente en su abandono, si á mediados del siglo XVII el confesor del duque de Uceda y capitán general del reino, Padre Fray Francisco de Negreyros, amante de estos monumentos de la antigüedad que hablan con mas elocuencia á los siglos que todas las crónicas, y convencido además del beneficio que reportaría á los navegantes un faro en él, le propuso este plan, á lo que aquel manifestó alguna repugnancia por carecer de fondos. No desmayó por eso el buen padre, y cada vez mas decidido á hacer todo lo posible para la rehabilitación del Faro, se puso de acuerdo con los cónsules de Inglaterra, Flandes y Holanda que participaban de sus deseos, y por consejo de él suplicaron estos al duque que utilizase la torre de Hércules con el objeto de alzar á los navios á una costa tan peligrosa, que ellos costearian dos cubos de piedra donde pudieran estar dos luces y ofreciéndose al mismo tiempo á su conservación por diez años. Accedió entonces aquel convenido de las razones que alegaron en apoyo de los pobres marinos que no estuviesen prácticos en aquellos mares; y dispuso que por estar arruinada la rampa por muchas partes, se taladraran las tres bóvedas de la torre y se formara una escalera interior de madera que de piso en piso condujera á la plataforma, que se rebicase esta y que sobre ella se construyeran dos torreoncillos de piedra, los cuales costearon los cónsules, colocando en ellos los faroles.

El arquitecto Amaro Antunez, vecino de la Coruña, dirigió esta obra, que se efectuó en el año 1682. Se encargó además el mismo Antunez por una gratificación mensual de la luz y cuidado de los faroles, y se conservó la noticia de la reforma en esta inscripción que se puso en una piedra de la torre:

LUPUS CONTRUXIT ENU  
LAUS MIRACULA MERSPHIS  
GRADIBUS STRA VITILLAM  
X . . . X . D . D . V . D . V .

Que quiere decir, como explica el ilustrado señor Vedia, Lupo la fabricó, emulando las maravillas de Menfis; la allanó por medio de la escalera, y alumbró las naves desde su cumbre. Lo que falta de la piedra alude al duque de Uceda y marqués de Montalban, promotor de la obra á instancia de su confesor.

Pero esta reparación no fué tan duradera como se prometían, pues á los treinta años faltó uno de los faroles, y creciendo la indiferencia, al cabo de algunos años mas cesó tambien el otro, llegando el abandono á ver desmoronarse la escalera sin tratar de repararla; y por consiguiente la torre volvió á amenazar ruina. Tal ha sido este deterioro hijo del descuido y de la indiferencia de los coruñeses que la piedra en que consignaban la regeneración fué á parar á varias casas de la ciudad, donde la recogió don Miguel de la Barceña, y por último se halla en el zaguan de la que en el día habita el Sr. Pardo Belmonte.

En tan lamentable situación continuó la torre de Hércules perdiendo de dia en dia hasta fines del siglo pasado, pues establecido por entonces el consulado de la Coruña de órden de Carlos III, este instituto clamó por su reaccion y establecimiento de un faro;

como una de las primeras necesidades. Entusiasta este rey por todo lo que contribuía al fomento del comercio de la nación, atendió á la demanda y se comisionó al ingeniero hidráulico D. Eustaquio Giannini para levantar un plano del infeliz estado en que yacía aquel derrotado cuanto vetusto edificio y otro de su reforma completa. Comenzóse la obra en 1788 y se concluyó en 1789. Importó 40.000 duros.

Hé aquí lo que hicieron. Descarnaron y limpiaron todas aquellas partes próximas á desmoronarse ó cuya mezcla se hallaba desvirtuada y ofrecía por lo mismo poca esperanza de que ligase con el nuevo material; esto se buscó de la mejor calidad y con él se revistió la torre exteriormente de dos y medio pies de grueso, uniéndolo á su esqueleto por medio de varios tizones que se introdujeron en él, y aseguraron el todo con argamasa de dos partes de arena y una de cal. En esta disposición subió hasta la rotanda; esta desapareció bajo la nueva forma de la linterna con que la reemplazaron, á la cual se dió pábulo con carbon de piedra; se dejó una faja ó cornisamento que la rodea en espiral por sus caras exteriores en memoria de la rampa ó escalera primitiva, y se construyó por dentro una con peldaños de piedra herroqueña, bastante sólida y con un pasamano de madera, pintado de verde, para evitar entorpecimiento ó desgracias en la ascension á la farola; resultando en la altura de la torre despues de cubirla un aumento de treinta y seis pies sobre el armazon de la antigua.

Mas tarde al pábulo de carbon de piedra substituyó una linterna de siete reverberos, arreglando ingeniosamente los eclipses con planchas de hierro, que movidas periódicamente ocultan la luz y la descubren para que con este juego los marinos no la confundan con una estrella, y se formó parte de una plaza circular en derredor con un cuerpo de guardia, que aun no se concluyó tal vez por ser innecesaria.

El cuidado del alumbrado del fanal está á cargo de la marina, costean sus gastos los bajeles que entran en la Coruña, pagando al efecto un real por tonelada, que recuda la hacienda, y suele ascender anualmente de cincuenta á sesenta mil reales.

Sobre las dos puertas gemelas de la torre que miran al norte, hay estas inscripciones para recuerdo: *Caroli III. P. P. Providentia, collegium mercatorum Gallaeciae, navigantium ni coloniarum reparacionem velustissimae ad Brigantium Phari, D. S. nichoneit. Caroli III opt. Max. absolvit.* La otra: *Reinando Carlos IV, el consulado marítimo de Galicia para seguridad de los navegantes, concluyó á sus expensas la reparacion del muy antiguo Faro de la Coruña, comenzado en el reinado y de orden de Carlos III.*

Hé aquí el resultado de los apuntes é informaciones que hemos recogido referentes á la torre de Hércules, tan famosa por su antigüedad que nadie ha podido fijarla de una manera positiva. Galicia la adopta por sus armas como un simbolo de su poder y civilizacion de sus primeros pobladores; y la Coruña no tiene otro blason. Ha contribuido tanto á la importancia comercial de esta ciudad que hasta su nombre se lo debe á ella; pues vista desde lejos se parecia bastante á una columna, que en el dialecto provincial significa Truna ó Cruña, y así la designó el rey D. Alonso IX, hasta que tiempo despues se convirtió en Coruña.

Aislada y colosal sobre el Oceano, se descubre des-

de él á muy larga distancia, y su linterna viene á ser una estrella de salvacion para los buques en las destructoras borrascas que tanto se repiten en aquella costa. Y aun por la parte de tierra, cuando el viajero despues de contemplar los desmantelados castillos que se alzan á derecha é izquierda de la carretera, evocando su imaginacion los personajes estranos de las leyendas de la edad media, llega á la cuesta de la Sal y le enseñan en el vaporoso horizonte el mar confundido con el cielo, sus ojos caen con precision sobre este Titan de piedra que se le muestra entonces entre la inmensidad y el continente como una de esas apariciones fantásticas de las baladas del Rhin.

BENITO VICETTO Y PEREZ.

## La casa de Pero Hernandez.

### LEYENDA ESPAÑOLA.

#### CONCLUSION DEL CAPITULO IX.

Hace catorce años era yo un hombre mas feliz que ahora. Mi padre natural de este pueblo, habia heredado del suyo lo bastante para pasar la vida con toda comodidad, aun sin contar con lo que mi madre, natural de este pueblo tambien, le habia traído en dote al entazarse con él veinte y ocho años habia. Su profesion era labrador, y tenia hasta siete criados, de lo cual podéis inferir que no necesitaba otra cosa sino mandar y ser obedecido, para considerarse feliz; pero él tenia cierta vanidad en honrar, como decia, su oficio, y no solo no abandonó el arado para darse á una vida regalona, sino que á mas de trabajar él, quiso que yo mereciese el titulo del mejor labriego del pueblo, y así me destinó á ser labrador, despues de haber, aunque con trabajo, consentido en que aprendiese á leer y escribir. Yo, si he de decir la verdad, me inclinaba desde niño á las armas; pero vistos los deseos de mi padre, y amándome él y mi madre con delirio, como hijo único que era, escusado es decir que no pensé sino en dar gusto á los dos, dedicándome á la labranza desde la edad de nueve años, y mereciendo á los diez y siete la honra de que mi padre me nombrase *su segundo* como él decia, haciendo recaer sobre mí la direccion inmediata de los trabajadores, aunque sin dejar él por eso la suprema inspeccion sobre sus haciendas, ni abdicar el derecho de darnos ejemplo á todos, siendo el primero que se levantaba, y el último que se iba á acostar despues de trabajar todo el día.

— ¡Escéleuto padre! exclamó el escudero.

— Si pudiese, continuó el oficial; y no menos buena mi madre, la cual cifraba todo su orgullo en ser muger de su casa. Yo les decia tanto al uno como al otro que por qué se afanaban tanto, pudiendo mi padre pasar una vida holgada, toda vez que me tenía á mí para sustituirle en sus faenas, y pudiendo mi madre imitarle en cuanto á vivir descansada, teniendo para reemplazarla en las suyas una muchacha de tanta disposición como entonces lo era Catalina.

Gavilan al oír este nombre volvió á ahullar como de costumbre.

El escudero no pudo menos de exclamar: ¿Catalina? ¿La aparecida de anoche?

—Ya vereis, Diego Perez, ya vereis qué cosas suceden en el mundo, dijo el oficial prosiguiendo. Esa Catalina que digo era en aquella época una jóven como de unos veinte años de edad, y de tanta hermosura y gracia, que hasta ahora no he visto muger que me haya sorprendido lo que ella. Dos años antes de lo que estoy diciendo, se habia dado en las inmediaciones de este pueblo una sangrienta batalla entre cristianos y moros, en la cual habian estos quedado vencidos y moros, en la cual habian estos quedado vencidos. Mi padre estaba trabajando aquel dia en una de sus haciendas, y al ver la gresca, abandonó el arado á fin de tomar parte en ella. Yo estaba entonces en la mas distante de nuestras haciendas, y no tuve noticia de la accion hasta cerca del anoecer, cuando me retiraba ya á casa. Al llegar á la poblacion, encontré á mi madre muy afligida por no tener noticias de mi padre, y ya estábamos casi seguros de que le habia sucedido alguna desgracia, cuando á eso de la media noche le oimos llamar á la puerta del corral, y salimos todos á abrirle. Al parecer nó le supo bien que estuviésemos todos despiertos á una hora tan avanzada, porque despues de decirnos que venia sin novedad, mandó que se retirasen los criados, y á mí que los hiciese acostar, y que me acostase tambien, y él quedó en el corral con mi madre. Esto me chocó extraordinariamente, y por la primera vez de mi vida caí en la tentacion de desobedecer al autor de mis dias, haciendo como que me acostaba á imitacion de los demás, y quedándome á atisvar el fin de aquella aventura, porque para mí lo era y grande la órden dada á mi madre de permanecer en el corral. La noche era oscurísima, y tanto que apenas se divisaban las tapias que cercaban á este; pero la curiosidad debe dar vista, porque á pesar de todo, la tuve yo para distinguir desde el ventanillo de mi alcoba lo que en dicho sitio pasaba. Mi madre estaba sola en el corral, señal indubitable de que mi padre habia salido, y aun de que debia volver muy pronto, porque á no ser así, no estuviera de planton ella en los términos en que lo estaba, dando con su actitud visibles muestras de la impaciencia que la poseia. Así estuvo mas de un cuarto de hora, trascurrido el cual se oyeron á la parte de afuera los pasos de una cabalgadura. Mi madre abrió la puerta del corral con el menos ruido posible, y salió á recibir al que llegaba. Era mi padre que venia á caballo en uno de sus mejores mulos, llevando delante de sí una dama desmayada, con la cual se apeó en el corral, ayudándole mi madre á sostenerla, despues de haber cerrado la puerta con la misma precaucion de no hacer ruido con que acababa de abrirla.

—¡Pobre señora! dijo mi madre. ¿Estás seguro de que vive aun?

—Subámosla arriba, contestó mi padre. La herida no es de gravedad; pero ha derramado mucha sangre, y esto hubiera bastado á matarla á no haber yo acudido á tiempo.

—¿Y estaba en el campo de batalla?

—Agarrala tú por los pies, mientras yo la sostengo por la cintura. ¿Se han acostado todas?

—Todos.

—Pues arriba.

Tales fueron las palabras que oí, siéndome por lo demás imposible descubrir las facciones de la dama, pues no se via sino solo el lulto. Lo que despues pasó no lo sé, porque mis padres condujeron la señora á uno de los desvanes de arriba, segun pude inferir por los pasos que sonaban sobre mi cabeza. Luego bajó mi padre á mi cuarto, y creyéndome dormido, me llamó. Yo hice como que me despertaba, y preguntéle qué se le ofrecia. Contestóme que me vistiese, y fuese inmediatamente á llamar al médico.

—¿Pues qué ocurre? le dije.

—No es nada, contestó. Tu madre que se ha puesto algo mala.

—¿Mi madre? Ah! voy á verla.

—No, no. Lo que tiene no es cosa de cuidado, y ya verás como se pone buena en el momento que le receten algo.

—Ah, siendo así...

—Vé pronto.

Hicelo así, y al cabo de un cuarto de hora, volvi acompañado del médico. Mi padre subió arriba con él, sin permitir que hiciese yo lo mismo, y á poco rato volvió á bajar, dándome órden de llamar al cura.

—¿Con que no está mala, exclamé, y es preciso que venga el vicario?

—Ya sabes, contestóme mi padre, que es tu madre muy aprensiva, y que al mas pequeño accidente, cree que se va á morir sin remedio.

—Pero si mi madre no ha tenido accidentes nunca.

—Anda y no me repliques.

Callé, y fui á llamar al cura, aparentando ser inquietud por mi madre, que yo sabia que no estaba enferma, lo que era efecto de curiosidad por saber en que venia á parar tan extraordinario incidente. El vicario fué menos pronto en levantarse, que el médico lo habia sido, y así, cuando volví á casa con él, habian trascurrido muy cerca de tres cuartos de hora.

—¿Qué ocurre? dijo el cura al entrar, encarándose con mi padre que habia bajado á abrirnos. Nuestro hijo me acaba de decir que estaba su madre muriéndose.

—Pues afortunadamente, contestó mi padre, ya no necesita de vos. Vedla ahí tan fresca y tan guapa, gracias á los cuidados del médico. Ha sido un accidente repentino, que se ha desvanecido al momento. ¿No es verdad?

—Con efecto, dijo mi madre. El médico os dirá...

—Y bien; ¿qué ha sido? preguntó el vicario á este.

—Gana de incomodarnos á los dos, contestó el médico. Un histérico que se le ha quitado con solo tomarme yo el pulso.

—Y para eso me han hecho levantar de la cama? dijo el cura refunfuñando. ¿Me gusta la ocurringial!

Y se fué sin despedirse de nadie. El médico volvió á subir arriba acompañado de mi madre, y mi padre me dijo entonces:

—Ya ves que no era cosa de cuidado.

—Efectivamente, le contesté; pero yo no estoy tranquilo todavia, porque si no me equivoco, apenas ha subido mi madre, he oido alla arriba un quejido.

—Aprensiones tuyas. Ya has visto que está restablecida del todo. Así pues, lo que debes hacer, ya que has comenzado á perder la noche, es acabar de perderla por entero, yéndote al campo con los trabaja-

dores. Está atrasada la labor, y además Dios sabe de que modo habrán quedado nuestras haciendas con esta maldecida batalla. Con que al avio, y que se recupere el tiempo que yo perdí ayer.

La intención de mi padre era alejarme, y tuve que obedecer, dirigiéndome al campo con los criados tres horas antes de rayar el alba. Trascorridas diez y seis de trabajo, me restituí á casa, baliando en ella á mi padre que no había salido, pretestando el cansancio del día anterior y la mala noche pasada. Mi madre se presentó poco después y nos hizo servir la cena, tras lo cual nos retiramos á dormir, sin haber yo podido indagar quien era la desconocida que al parecer seguía en el desván. Y digo que seguía al parecer, porque el techo resonaba con pasos lo mismo que la noche antecedente, y aun creí oír algunos quejidos mientras yo batallaba con el sueño y la curiosidad. Al fin pudo más aquel que esta, y me dormí sin averiguar nada. Al día siguiente lo mismo, y al siguiente y al otro lo propio. Mi padre estuvo en casa constantemente, y yo constantemente en el campo, con la sola excepción de las horas destinadas al sueño. La falta de mi padre á sus faenas empezaba ya á llamar la atención por ser cosa contra su costumbre, y aunque él decía que se hallaba enfermo, como no se le notaba en la cara dolencia de ninguna especie, todos lo atribuían al deseo de pasar regalada y dulcemente lo que le restaba de vida. Estos cálculos fallados no obstante, porque al quinto día de ocio, se levantó mi padre á la hora que los demás, y vino con nosotros al campo, diciéndonos que estaba ya bueno. Al volver á casa con él, hallamos por la noche en la cocina además de la criada que antes teníamos, otra que según nos dijo mi madre acababa de enviarse de Aragón un pariente nuestro lejano, y esa nueva criada era la jóven, la muger de que hablaba hace poco, la bella y sin par Catalina.

Todos creyeron lo que mi madre dijo, y mas oyendo á mi padre añadir que en efecto esperaba á aquella muchacha. Solo yo me sonreí interwamente al ver la nueva sirvienta, conociendo por la palidez que se veía en el rostro y por otras señales inequívocas, que la pretendida criada era ni mas ni menos la señora, que mi padre había traído desmayada, y con tanto cuidado y sigilo había sido cuidada en el desván. Sin embargo no me di por entendido. Mis padres me ocultaban un secreto, y era mi deber respetarlo. Esto no quitó que de vez en cuando soltase yo algunas indirectas para ver si por las contestaciones conseguía averiguar algo; pero no conseguí ningún fruto. Catalina siguió como criada, ó mas bien como doncella de mi madre, á la cual ayudaba en el gobierno interior de la casa, quedando reservadas para la antigua sirvienta las faenas mas rudas. Con esta me fui dando yo mismo á considerarla como tal criada, á pesar de su aire señorial que ella trataba de disimular, y últimamente hasta llegué á creer que era posible me equivocase en el concepto que había formado. La dama que mi padre había traído podía muy bien no ser ella, y quien podía asegurarme que lo fuese, no habiendo visto yo mas que un bulto, y eso en una noche oscurísima?

Así trascurrieron dos años, durante los cuales no observé en Catalina cosa alguna que confirmase mis primitivas sospechas de que fuese ella y no otra la se-

ñora por mi padre traída. Túvela, pues, al fin por sirvienta aunque de superior categoría al vulgo de las demás, y en tales términos me persuadí de ello, que creí dispensarle un favor en mirarla con ojos no de amo, sino de adorador de su hermosura, disponiéndome á declararle mi amor, y á ser desde luego su esposo, si mis padres lo consentían. Así, cuando yo dije á estos que porque no abandonaban el uno á mi sus faenas agrícolas, y la otra á ella sus cuidados domésticos, mi indicación tuvo un doble fin, procurar á mis padres el descanso á que tan acreedores eran ya, por su edad bastante avanzada, y ver de preparar el terreno para que me concediesen por muger aquella celestial criatura. Hecho esto, procuré insinuarme en el corazón de la jóven, haciendo suceder al lenguaje de mis ojos llenos de pasión y de fuego, palabras que sirviesen de intérpretes al delirio que por ella sentía. Catalina afectó no entenderme, como constantemente lo había hecho mientras me había limitado á hablarla con mis solas y elocuentes miradas, visto lo cual, traté de ser mas explícito, diciéndole sin rebozo ninguno, que si mis padres no ponían inconveniente en ello aspiraba á la dicha de ser suyo. Una mirada llena de dolor fue la única respuesta que debí á declaración tan formal. Sorprendido al verla marcharse sin otra contestación, corrí á precipitarme á sus pies, asiéndole liernamente las manos y bañándoselas con mis lágrimas, cuando mi padre que nos observaba, presentose repentinamente, y mirándome con severidad, agarróme bruscamente del brazo, y del sitio de la casa en que estábamos sacóme fuera de la población, sin hablarme una sola palabra hasta que llegamos á una de nuestras mas inmediatas haciendas.

—¿Con qué amas á esa jóven? me preguntó con la misma severidad, después de haberse asegurado de que nadie podía oírnos allí.

—Si, padre, le contesté: la amo, la adoro, estoy loco, perdido por ella.

—Pues renuncia desde luego á ese amor que tu mismo llamas locura, porque no es para tí Catalina.

—¿No lo es? ¿Y por qué, padre mio?

—¡Tú, mi único hijo, mi heredero, casarte con una criada!

—¡Ah! decid mas bien, padre mio, que un jóven que aunque honrado, es labriego, y nada mas que labriego, no puede aspirar á una dama.

Estas palabras que me sugirió el recuerdo de la escena del corral, y que solté como á la ventura, hicieron en mi padre un efecto tan extraordinario, que bien pronto me arrepentí de haber sido tan imprudente.

—¡Una dama! ¿Qué quieres decir?

—Nada, padre, no quiero decir nada.

—¡No, no! tú has de explicarme esas palabras: lo quiero, lo exijo, lo mando.

—Padre, renunciaré desde ahora á un amor que tanto os disgusta: pero no me pidáis explicaciones, porque no os las puedo dar. He hablado sin saber lo que me decía.

—¿Quieres que te maldiga si no hablas?

A esto me fué imposible resistir, y le conté todo lo que había visto la noche de la escena del corral. Mi padre, después de mi relato, me preguntó si sabía mas, y convencido por mi contestación de que estaba completamente ignorante de lo principal del misterio, se manifestó mas tranquilo, y me dijo con solemnidad:

—¿Has hablado con alguien sobre esto?

—Con nadie.

—Pues la misma discrecion que has tenido hasta ahora, la tendrás en lo sucesivo.

—Mi pecho será sepulcro dos veces, una de eso poco que sé, y otra del amor que tanto os ha disgustado.

—Entonces, quédate hasta mañana á guardar esta posesion. Dicen que andan ladrones por ahí, y los criados te acompañarán en la vela que has de hacer esta noche.

Dicho esto, me volví la espalda, y se fué. A la media hora empezó á anochecer, y vi llegar los trabajadores. Encerrámonos en la casita, echándonos todos á dormir, y referándonos convenientemente á fin de espíar á los ladrones que no existían probablemente sino en la imaginacion de mi padre. Y así debió de ser sin duda alguna, porque nadie turbó nuestro sueño, y al decir nuestro sueño he dicho mal, puesto que debía decir el sueño de los trabajadores, siendo harto de inferir que lo que es yo, no estaría para cerrar los ojos con lo que me había pasado. El día siguiente era domingo, y no siendo día de trabajo, retirámonos á la poblacion. Yo entré en mi casa mustio y cabizbajo. Mi madre al recibirme me abrazó, y noté que había llorado; pero nada le pregunté. Mi padre estaba fuera de casa, pero al poco rato volvió lleno de polvo, como si acabara de hacer algun viaje. No me equivoqué en mi conjetura. Mi padre durante la noche había salido del pueblo: á donde, no lo sé; pero su objeto fué llevar á otra parte á Catalina, porque no volví á verla en casa. Su ausencia me costó estar enfermo, y todo el amor de mi madre no bastó á llenar el vacío que sentía mi corazón. Desde entonces tomé tédio al trabajo, y desgaciadamente fué á tiempo, puesto que las haciendas de mi padre no necesitaron de mí. La mayor parte de ellas estaban cercanas al río, y una noche en que todos los vecinos del pueblo se encomendaban á Dios, aterrados con los ruidos espantosos que se oían en la casa de Pero-Hernandez, y con los de una horrosa tempestad que descargó sobre la poblacion, crecieron las aguas de aquel y se derramaron furiosas por las posesiones vecinas, quedando sumidos sus dueños en la mas espantosa indigencia, y contándose mi padre en el número si no de los mas desgraciados, á lo menos de los que tuvieron que despedir á sus trabajadores por no tener en que ocuparlos ya. En cambio se hizo rico mi tío el alcalde, por haberse añadido á sus campos una gran porcion de terreno que el río tuvo á bien desamparar mudando desde entonces de cauce. La situacion en que nos hallábamos exigía una resolucion, y yo, previa la venia de mis padres, me alisté en la hueste del rey, siguiendo mi primera vocacion. En breve llegué á distinguirme entre los mas bravos, y esto no por valor, por desesperacion, pues perdida para mí Catalina, nada me halagaba en el mundo sino la idea de dejar en breve una vida que me era insoporable.

Aquí llegaba el señor Alférez, cuando sonaron en la puerta del pasillo los cencerros que con tanta prevision había puesto en ella el escudero. Era el alcalde, que de vuelta de la casa del cura, entraba á informarse de la salud de su sobrino. Esta visita interrumpió el relato del oficial, probablemente en lo mejor de cuento. El aspecto del alcalde era sombrío; pero se esforzó en aparentar una calma que

no tenía. Diego que deseaba estar solo con su ama para acabar de oír su relacion, le hizo observar lo mucho que convenia dejase descansar al enfermo siquiera por una hora mas. El alcalde entendió la indirecta, y tanto por las palabras del escudero como por la precaucion cenceril, conoció que así el uno como el otro tenían alguna cosa que hablar. No quiso, pues, pecar de indiscreto, y así se preparó á retirarse levantándose de la silla en que se había sentado junto á la cama. Al hacerlo, pisó sin querer al perro, que como hemos dicho estaba sordormido á los pies de esta, y el pisotón le hizo despertar dando un alarido terrible.

—¡Ay! exclamó el alcalde maquinalmente: ¿estaba aquí Zacaquin?

—¿Zacatin! exclamó el escudero; ¿y de qué sabeis vos, señor alcalde, que Gavilan se llama Zacatin?

El alcalde se quedó turbado. El ricario le había encargado no dijese á nadie una palabra de lo que acababa de pasar entre los dos, y aquella exclamacion maquinal era acaso una imprudencia que podia costarle cara.

—¿No respondeis? le dijo el escudero.

—Verdaderamente, contestó el alcalde tartamudeando, no recuerdo á quien he oído ese nombre; pero creo que fuisteis vos el que anoche le llamasteis así.

—¿Yo?

—O sería tal vez mi sobrino.

—¿Yo? dijo el oficial por su parte. Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Pues entonces, repuso el alcalde, sería algun fantasma el que anoche lo pronunció, porque yo se lo he oído á alguno.

—Hablaresmos despues, señor alcalde, dijo con intencion el escudero. Tengo necesidad de saber que especie de fantasma os lo ha dicho.

El alcalde se retiró, sin acertar á hablar una sola palabra mas.

—¡Y bien! exclamó el oficial, solo otra vez con el escudero; ¿qué diablos importa que el perro se llame Gavilan ó Zacatin, que así os veo alterado por una cuestion de nombre, y así he visto hecho un monio á mi tío desde el momento que lo pronunció?

—Seguid vuestro relato, amo mio, contestó el escudero con liema; esto es cosa que no importa un comino, y lo que vos me estábais diciendo crea que merece la pena de que acabeis vuestra relacion.

—Oid, pues, replicó el alférez; oid y no olvidéis lo que os he dicho.

—Será mi pecho tumba como el vuestro, contestó el escudero: proseguid.

El oficial se incorporó en la cama, y prosiguió en los términos siguientes:

(Continuará).

MIGUEL ACUSTIN PRINCIPAL.

